

CICLO SOBRE SIGMUND FREUD



Del 14 al 28 de octubre, se celebró en la sede de la Fundación un Ciclo sobre Sigmund Freud, organizado en colaboración con la Embajada de Austria y el Instituto Alemán de Madrid. Integrado por seis conferencias y una exposición documental sobre Freud, este ciclo, tal como explicó el director gerente de la Fundación, don José Luis Yuste, en la presentación del mismo, ha estado dirigido no sólo al profesional de la psicología o la medicina, sino, en general, al público culto, y más que definir las aportaciones concretas de Freud al psicoanálisis, el ciclo se ha centrado en lo que ha supuesto su obra para el humanismo contemporáneo.

Intervinieron en el ciclo el doctor Carlos Castilla del Pino («Freud: tradición y ruptura en el pensamiento humanista»); Johannes Cremerius, Director de la Clínica de Psicoterapia y Psicopatología de la Universidad de Friburgo («Freud y la literatura de su tiempo»); Margarete Mitscherlich, Psicoanalista y profesora del Sigmund Freud Institut de

Frankfurt («Psicoanálisis, sexualidad femenina y feminismo»); Alexandre Cirici Pellicer, crítico de arte y profesor de Sociología del Arte en la Universidad de Barcelona («Freud y las artes visuales»); Harald Leupold-Löwenthal, Presidente de la Sociedad Psicoanalítica («La Viena de Sigmund Freud»); y Helmut Dahmer, catedrático de Sociología de la Universidad Técnica de Darmstadt («Marx, Freud y la psicología social»), de cuyas respectivas intervenciones ofrecemos un resumen.

Paralelamente a este ciclo se montó una exposición representativa de la vida y obra del creador del psicoanálisis, de la que se informó en el Boletín anterior. Compilada por el psicoanalista vienés Harald Leupold-Löwenthal e integrada por 300 documentos, esta muestra fue presentada inicialmente en Viena por el Instituto Goethe de Munich, habiendo colaborado a su realización el Ministerio de Educación y Arte de Austria, así como numerosas personas e instituciones.



CASTILLA DEL PINO: «Llevar la razón a lo irracional»

Si hay que incluir a Freud entre los grandes reformadores es por haber pretendido devolver al hombre la plenitud de sus posibilidades, para lo cual era necesario que aceptara como realidad la de sus impulsos y deseos, reprimidos por nuestra llamada sociedad civilizada. Para nosotros resulta imposible, como occidentales, prescindir del pensamiento de Freud, por hallarse implícito en planteamientos de las más diversas disciplinas, desde la Psicología y Psiquiatría, la Antropología Cultural y la Sociología, hasta la Lingüística, la Ética, la Historia y la Filosofía, el cine y la literatura misma. La concepción psicoanalítica de la cultura y de la historia puede parangonarse con la de Marx, ya que viene a ser algo más que un método terapéutico, una teoría psicológica, y se convierte, al igual que la copernicana o la darwinista, en una concepción del mundo, una revolución y una puesta en cuestión de todo un sistema de valores. El psicoanálisis vino a mostrar el protagonismo de unas fuerzas, determinantes de la conducta individual y social: las de naturaleza irracional, procedentes del inconsciente.

La gran aportación del psicoanálisis al pensamiento humanista consiste en llevar la razón a lo irracional, en la liberación a través de la asunción del carácter subjetivo-social de la norma y, en consecuencia, en la posibilidad de una modificación e incluso anulación de la misma. El pensamiento de Freud engarza así en la gran tradición del pensamiento humanista occidental, y al tiempo, supone una ruptura con el sistema de valores de nuestra cultura. La teoría psicoanalítica muestra al hombre que sus más elevadas instancias son, en el fondo, formas sublimadas de satisfacción de instancias egotistas, disfraces de sus instintos libidinales insatisfechos.

Freud tuvo necesariamente que sufrir la resistencia y enfrentamiento con el estatuto sociocultural y político de la burguesía de su tiempo, que



supo ver, al igual que lo vería el dogmatismo de izquierdas más tarde, el riesgo que conllevaba la doctrina psicoanalítica. Para Freud, las instituciones sociales no sólo están sujetas a modificación, sino que carecen en sí mismas de toda fundamentación objetiva. Sólo poseen un carácter fetichista, un valor mágico. En nuestros días, las grandes síntesis y conclusiones del pensamiento de Freud siguen siendo válidas. La frustración y el malestar de la cultura son el precio que hay que pagar por no haber podido hallar la fórmula de transacción en la que resulten compatibles el principio del placer y el principio de la realidad. La aceptación de la norma, condición *sine qua non* para ser, a su vez, aceptado en la realidad social, significa frustración y neurosis. Esta, conseguida tras la represión de nuestros impulsos del Eros, precisa ser curada, y no mediante la negación de la realidad o la sustitución de ésta por la fantasía (psicosis). Para Freud, curar significa validar al neurótico para que opere modificadamente en la realidad, no para que la acepte tal cual es. La concienciación que el psicoanálisis pretende habría de llevar al sujeto «anormal», cuando menos, a subvertir en sí mismo los valores convenidos y a vivir de acuerdo con los que él ha asumido. Amar y trabajar creativamente —no alienadamente— son nuestras dos únicas formas de concretar la actividad realizativa del hombre. La «normalidad» que caracteriza a la mayoría de los que componemos nuestro hábitat es una anormalidad que enmascara la profunda alienación que esconde la inhibición de esas dos actividades. Nuestra cultura, en general, en tanto que neurosis colectiva, es inherente a la irracionalidad de la represión.

LEUPOLD-LOWENTHAL: «Freud en la Viena de su tiempo»



Freud se sintió aislado en Viena, en parte por su actitud de observador independiente que se interesa por las motivaciones humanas, pero también por su postura de poner al descubierto la verdad en una ciudad que prefería la fachada, el autoengaño y las medias verdades, como mecanismo de defensa que niega la realidad. Freud nunca aceptó estas actitudes.

Freud conoció un ambiente de «tolerancia» en su ciudad natal, pero con los recuerdos frescos de la opresión. En Viena, adonde se trasladó la familia, experimentó dificultades materiales, se hizo consciente de su carácter judío y, a la vez, tomó contacto en el Colegio con el mundo de los no judíos. Por entonces los judíos se unieron políticamente a la burguesía de habla alemana, fundamentalmente liberal, alianza que aseguraba la emancipación legal para todos aunque con mayor participación de algunos grupos, más asimilados a la gran burguesía liberal vienesa y con importante representación en profesiones como la Medicina, el Periodismo y el Derecho.

De todas formas, nunca fue Freud en Viena tan incomprendido, aislado y minusvalorado como algunas leyendas afirman. Como estudiante y joven médico, encontró destacados representantes de la ciencia médica que le ayudaron, protegieron y promovieron, convencidos de su extraordinario talento. Sin embargo, sus descubrimientos psicoanalíticos no fueron aceptados por médicos y psiquiatras hasta el punto de modificar sus propias formulaciones acerca de la sexualidad. Freud se mantuvo, en todo, en su postura de «hombre osado de la oposición».

La vida intelectual de Viena tenía mucho que agradecer a los judíos, tanto por su labor de mecenazgo y participación como por su obra de creadores de cultura y de nuevas corrientes. Freud, sin embargo, no perteneció a ninguna vertiente intelectual

de la vida judía, ni a los primeros asimilados a la alta burguesía, ni a los que vinieron después y se mantuvieron en su originalidad judía. Tampoco tuvo contactos con el mundo brillante de la literatura y el arte, y sólo una vez apareció en el famoso salón Wertheimstein, cosa notable en una ciudad de relaciones y protecciones. Como muchos intelectuales decepcionados, Freud estaba entonces descontento de su situación personal y sufrió el aislamiento y el rechazo por sus nuevas ideas. Tenía que adaptarse al contexto social o rechazarlo. Como judío, se sentía atraído por la seguridad y el conformismo de la tradición judía, pero a la vez era crítico ante ella. Había aprendido la tradición empirista en la Universidad, pero la mentalidad científica resultante le hacía sentirse atado a algo de lo que, por otra parte, quería liberarse.

Las distintas capas y corrientes culturales de Viena influyeron en Freud. Este rechazó siempre la adaptación narcisista e hipocondríaca de los vieneses a la opresión moral de la iglesia católica y a la dictadura burocrática, porque era enemigo de cualquier oscurantismo. Pero tuvo muchas cualidades y costumbres vienesas: su individualismo, su desconfianza ante la política, su interés por la observación y las nuevas impresiones, o su amor a la naturaleza, son características de los vieneses de su época.

A veces expresó su disgusto hacia Viena. Era como el gigante Anteo. La odiaba como a un ser humano y ganaba en fuerza cuando se alejaba. Y, sin embargo, en 1918, decía a Ernst Lothar: «Tengo, como usted, una inclinación incontentible hacia Viena y hacia Austria, aunque yo —tal vez no como usted— conozco bien sus abismos».

JOHANNES
CREMERIUS:

«El psicoanálisis cambió la literatura»



El Psicoanálisis es una de esas ideas que cambian el mundo y esto se refleja en la literatura después de Freud. Los escritores contemporáneos reconocieron enseguida las posibilidades que el psicoanálisis ofrecía para profundizar en la comprensión del hombre y aprovecharon los instrumentos psicoanalíticos: el sueño, la asociación libre y la dialéctica entre impulso y defensa.

Encontramos así ideas y métodos psicoanalíticos en escritores famosos de lengua alemana, como Rilke, Thomas Mann o Hermann Hesse, y de otras lenguas, cuando Freud comenzó a ser traducido. En los años 20-30 el Psicoanálisis se convirtió en canteira de los escritores europeos y de la novela psicológica moderna. Hubo escritores que se sometieron ellos mismos a tratamiento psicoanalítico, como Rilke, Hesse, A. Zweig, Broch y muchos otros. El escritor encuentra así en su inconsciente acceso a fuentes de creación. Blei, Werfel y S. Zweig destacan la significación cultural del psicoanálisis y llegan a comparar a Freud con Copérnico, Kepler, Newton, Darwin y Marx. Kafka y otros proyectos incluso la edición de una revista para «difundir» el Psicoanálisis.

Al convertirse el Psicoanálisis en ciencia del hombre, hacia 1924, los escritores reaccionaron de forma diversa frente a él. Unos se volvieron hacia otros campos —el social, como Brecht—; otros se aventuraron a estudiar científicamente al hombre y, sobre todo, a ellos mismos, mediante el psicoanálisis. Decidiéndose por una «ampliación de la conciencia» (Thomas Mann), quieren sacar el inconsciente del trasfondo oscuro de su existencia poética y hacer visibles

otros campos de investigación del hombre.

Al final de este proceso, se piensa que ya no se puede escribir novela psicológica y que la novela ha muerto. Sin embargo, entre ambas fases de la recepción de Freud en la Literatura, se encuentran escritores capaces de escribir una gran novela psicológica. Así, el *Ulises* de James Joyce. Por su conocimiento del Psicoanálisis y por sus dotes personales en este terreno, Joyce escribió la primera —y perfecta— novela psicoanalítica.

Todo lo apuntado sobre las distintas formas de reacción y recepción de Freud en la literatura se encuentra en Robert Musil. Caso ejemplar por haber vivido conscientemente el dilema y la crisis en la acogida del psicoanálisis, Musil pretendió anar la posición del psicólogo académico con la del escritor. Numerosos ejemplos de su obra —rasgos y caracteres de sus personajes como Törless, Moosbrugger y Veronika— ilustran fielmente distintos aspectos del influjo freudiano: la actitud psicoanalítica en la descripción y comprensión de los personajes, con especial atención a lo sexual y lo inconsciente; la imagen del hombre marcada por impulsos profundos e inconscientes; utilización de elementos teóricos del psicoanálisis, como los sueños, la contradicción consciente-inconsciente, la teoría de los impulsos en la que resalta la presentación de la defensa, represión, proyección y sublimación; y el método operativo del psicoanálisis a base de recuerdos biográficos y sueños para explicar el desarrollo y los trastornos del carácter.

MARGARETE MITSCHERLICH: «Psicoanálisis, sexualidad femenina y feminismo»



Las teorías de Freud sobre el desarrollo sexual femenino reflejan la situación biológica y cultural de la mujer como resultante psíquico de una larga historia. Y aunque Freud participó de algunos de los prejuicios típicos masculinos sobre la mujer, propios de la sociedad burguesa de finales de siglo, colaboró como nadie a su liberación de la moral sexual hipócrita de su tiempo. Es cierto que habría que reprochar al psicoanálisis el haber sometido el desarrollo psico-sexual a leyes psicobiológicas con olvido de lo social; pero a él se debe la mejor descripción de los complejos desarrollos psíquicos de la mujer, formados en siglos de opresión.

Algunas de las tesis freudianas que han sido atacadas por las feministas y por algunos psicoanalistas, arrancan del sentimiento de inferioridad anatómico-sexual en la niña, y pasan por la represión que comienza en la pubertad. Desconcierta el hecho de que un pensador crítico como era Freud, que conocía el obstáculo de la moral social imperante para el desarrollo de la mujer, opinara que la sexualidad inhibida de la mujer es la condición indispensable para que el hombre desarrolle hacia ella un deseo completo espiritual y sexual.

Por otra parte, se tiene hoy la impresión de que en ciertos intentos de liberación femenina, la mujer quiere privarse a sí misma de posibilidades de realización y satisfacción que el hombre ha envidiado siempre en ellas, precisamente porque a él le faltan; la maternidad, por ejemplo. Hay que preguntarse si la lucha de algunas feministas contra la maternidad no obedece a una identificación inconsciente con el agresor envidioso. Algunas jóvenes se entregan a una pseudoemancipación que amenaza

con llevarlas a un esfuerzo narcisista por vivir «la propia vida». Recogiendo prejuicios masculinos, tienen una hipersensibilidad narcisista por las debilidades masculinas.

Una de las causas de la incapacidad de amar puede residir tanto en los sentimientos de envidia fálica de la mujer como en la envidia del parto en el hombre. Algunas mujeres que persiguen un ideal de grupo con su conducta sexual libre, buscan, en el fondo, hombres que satisfagan su necesidad de ideales, utilizando la unión sexual para encarnar en ellas ese ideal envidiado.

Las asociaciones socialistas de mujeres en Europa están contra el feminismo porque piensan que la lucha de los sexos es de interés secundario y se desvía de los fines propiamente revolucionarios. Pero las feministas insisten, con razón, en que un cambio social hacia un mayor humanismo sólo puede realizarse después de un cambio en las relaciones entre uno y otro sexo. Sólo la distancia crítica respecto a la sociedad, marcada por lo masculino y el mejor conocimiento de lo específico suyo, llevará a las mujeres a un cambio duradero de su papel y, además, de los valores sociales. La actitud de algunas feministas y su inconsciente identificación con el mundo masculino de valores muestra precisamente lo difícil que es abandonar una concepción androcéntrica del mundo.

No hay duda de que el psicoanálisis aporta conocimientos que ayudan a hacer conscientes los mecanismos de identificación que nos condicionan, nuestros sentimientos de envidia y nuestra incapacidad de amar; y que nos conducen a sus causas. Por ello, y a pesar de sus fallos, el psicoanálisis puede resultar de una ayuda inestimable.

CIRICI PELLICER: «Nueva lectura simbólica de la obra de arte»

La gran aportación de Freud a las artes visuales fue su dilatación del concepto de realidad, al situar el arte en el terreno de la magia y los sueños, y ver aquél como reflejo de lo conflictivo total de una sociedad. Sin embargo, Freud tuvo una idea contradictoria del arte y en estas cuestiones utilizó siempre los clichés que le imponía su época.

En la interpretación que hace del arte en *Tótem y tabú*, identifica a aquél como falsa gratificación, paralela a la que supone la magia, en cuanto técnica para que las cosas ocurran de acuerdo con nuestros deseos. Otra de sus aportaciones fue el haberse anticipado a las interpretaciones sociológicas que sitúan el arte a medio camino entre la realidad y el sueño. Al reconocer que los conflictos personales son imagen de los conflictos sociales históricos, y dado que para él el arte no era sino la traslación a una obra objetiva de unos conflictos sociales —óptica que se corresponde con la de muchos pensadores contemporáneos—, supo ver cómo el arte podía ser un instrumento de curación por autoliberación, cómo incidía en la problemática social histórica y, finalmente, cómo podía contribuir a su dinámica.

Al poner en primer plano elementos que hasta su tiempo habían sido despreciados en nombre de la razón, como los sueños y los mitos, y hacerlos imágenes de la realidad, Freud puso fin a la gravísima mutilación de la cultura que, en aras de la razón, se había llevado a cabo desde el siglo XVIII. Esa ampliación de la realidad condujo al hombre a estudiar científicamente todos esos conflictos del subconsciente, y el arte y la cultura se vieron enriquecidos con nuevos contenidos para su comprensión. Se abrió así la posibilidad de una nueva crítica: la lectura simbólica de la obra de arte, paralela a la de la interpretación de los sueños.



Dos estudios de Freud sobre Leonardo da Vinci y el Moisés de Miguel Ángel ilustran su interpretación del arte. La sonrisa de la Gioconda es vista por Freud como la luz del reencontro con la infancia perdida, con la madre. Ello explica que Leonardo conformase todas sus figuras posteriores a partir de ese modelo y con la misma ambigüedad. Asimismo, el Moisés de Miguel Ángel es interpretado por él como el mito de la represión necesaria al hombre en aras de la ley, y cobra un nuevo sentido, distinto del mito bíblico y del que le habían adjudicado otros artistas.

Finalmente cabe subrayar la importancia que para la interpretación del arte tuvieron sus dos trabajos *Psicopatología de la vida cotidiana* y la *Interpretación de los sueños*, que dieron lugar a la aparición de dos movimientos artístico-literarios: el dadaísmo y el surrealismo. Este último, ya desde Breton, su creador, parte del automatismo psíquico fuera de todo control de la razón. El inconsciente constituía una reserva virgen para el artista y el poeta. Había que traspasar las fronteras lógicas y beber de lleno en las fuentes del sueño y del mito. Elementos como el inconsciente, el tema del tabú, la represión, lo absurdo, la interpretación de los signos, la importancia de los objetos hallados casualmente (en Miró) y los hechos cotidianos; el uso de las equivalencias y el automatismo, la tendencia onírica (tan presente en Dalí) son constantes de estos dos movimientos superrealistas. Sin embargo, a pesar de la mutua interrelación con Freud, no se aceptaron.

Y también en nuestra década, sobre todo desde el año 69, la influencia de Freud en corrientes sociológicas (Goldmann, Barthes, Mc Luhan) ha sido de una enorme trascendencia.

HELMUT DAHMER: «Marx, Freud y la psicología social»

La concepción de Marx de que el interior de los hombres se deduce de su praxis colectiva, y su teoría sobre las «máscaras sociales del carácter» son sociológicas, o podría decirse anti-psicológicas. Sin embargo, las experiencias de lo «a gusto» que se sienten los capitalistas mientras que los proletarios están «alienados», establecen una importante diferencia psicológico-social entre ambas clases. Marx cuenta con una evolución económica y social en la línea de una progresiva socialización, pero no cuenta con un crecimiento automático de la *conciencia de clase*. Esta no es el resultado «natural» de la evolución capitalista ni de la propaganda de minorías comunistas, sino un saber conseguido en la lucha de decenios, con las correspondientes formas de organización y de lucha.

Por otra parte, la psicología freudiana del inconsciente confirmó a escala individual lo que antes había mostrado la crítica de la economía política en la lucha de clases: que la praxis humana va siempre acompañada de una conciencia normalmente falsa; que tal praxis sólo es transparente en cierta medida y es, además, resultado de formas históricas. Freud diagnosticó en sus pacientes «debilidades del yo» como denominador común de diversos daños psíquicos ocasionados en el proceso de sociología de la primera infancia. Asimismo, diversos médicos europeos reconocieron, junto a un sufrimiento somático, un sufrimiento social. La crisis social y psicológica de las clases medias impulsó una investigación más precisa de la «socialización», entendida como proceso formativo en el que el hombre, superando los automatismos rudimentarios de conducta, logra una autorregulación conforme al entorno social. Dicha socialización transmite la «cultura» a la generación siguiente, ratifica y fija la automutación de la especie y conduce a un nuevo potencial de acción que posi-



bilita, a su vez, técnicas culturales y sociales.

Los pocos psicoanalistas de orientación marxista que publicaron en los años 30 (Reich, Fromm y otros) buscaron las causas del espíritu conservador y contrarrevolucionario de millones de personas víctimas de la sociedad capitalista. Para ello injertaron la teoría freudiana del desarrollo psicosexual en la teoría marxista de la sociedad. ¿Por qué la mayoría oprimida se levanta contra la minoría opresora sólo en situaciones excepcionales? Freud responde a esta cuestión de psicología de las masas partiendo de la psicología del individuo. Los individuos —distintos y egoístas— se consideran iguales en la medida en que respetan el mismo ideal (persona, idea o símbolo) y se sienten así identificados entre sí. El poder inmediato y la identificación con los ideales culturales logran la integración de los desiguales y dominados. Pero esta unión de las masas está amenazada por enemigos interiores y exteriores y, para mantenerse, necesita la guerra, un ritual público donde se exponen premios y castigos, y una «leal inhibición del pensamiento» frente a la desigualdad social que favorece a una minoría. En este contexto se premia el amor al igual y se prohíbe el amor al extraño en sexo, raza o estilo. Pero religión y unión de masas son efectivas sólo mientras no se conoce el misterio de su acción.

La nueva psicología social se separa de la antigua por la era burguesa que aportó una serie de progresos imborrables. Y así la psicología social como forma de socialización y como forma de dominio político llegó históricamente tarde.